

**PALABRAS DE DESPEDIDA DE
D. JOSÉ LUIS MARTÍNEZ MARTÍNEZ,
PROFESOR DE RELIGIÓN,
EN SU JUBILACIÓN
21 de Diciembre de 2009**

Queridos amigos todos:

La enseñanza resulta una **tarea tan dura** que uno anhela durante largos años que llegue el momento de la jubilación. Sin embargo, a la vez, es un **quehacer tan apasionante** que cuando, como es mi caso, se cumplen los 65 años a uno le ronda una morriña y una nostalgia por la docencia que me temo me van a acompañar el resto de mis días.

A esta melancolía va a contribuir en grandísima medida el recuerdo agradecido de quienes habéis sido durante trece años mis compañeros y compañeras. Ahora, que el paso inexorable del tiempo me obliga a despedirme de vosotros, la palabra que me surge sincera y espontáneamente es **GRACIAS**. Gracias por vuestra camaradería y por vuestra amistad, gracias por tantas inquietudes compartidas, por tantos momentos de encuentro y de debate siempre movidos por un único norte: **dar lo mejor de nosotros mismos a nuestros alumnos**, tratar de contagiarles **la pasión por el conocimiento** y el empeño en que **transformen el mundo** para que lo dejen mejor que el que reciben.

A esto he tratado de colaborar en la posibilidad de mis humildes fuerzas durante todos estos años desde la asignatura de religión que he impartido.

Permitidme ahora que en estas breves palabras exprese con honestidad, sin ningún ánimo apologetico –ni mucho menos de convertirlos a algunos, ja, ja...- y, desde luego, por encima de cualquier atisbo de chato interés político o incluso eclesiástico, cómo he entendido en primera persona mi actividad docente en esta disciplina, que considero tiene un **potencial humanizador** de primera magnitud.

En efecto, para mí, ser creyente y cultivar la enseñanza de la religión no es dar una salida facilona a las grandes cuestiones humanas. El misterio tremendo y fascinante de un Dios más allá de nuestra comprensión nada tiene que ver con una **proyección a lo tapagujeros**, como señalaba Feuerbach, o mucho menos con **el opio del pueblo** al que apuntaba Marx.

Ambos, como muchos otros *filósofos de la sospecha* atinaban en su crítica a una presentación de una imagen de Dios y una expresión de lo religioso demasiado “humana” e interesada y, por supuesto, muy poco humanizadora.

No sé con qué fortuna, por todas mis limitaciones, pero siempre **respetuoso con la libertad humana** –que es una marca de fábrica de nuestra condición-, he pretendido durante estos años poner de manifiesto cómo **la religión no sólo no “resuelve” todo y aliena, sino que “complica” y “libera” a las personas**.

Un Dios que nos “descoloca”, siempre mayor que las religiones, sus ritos y sus expresiones, lejos de ser la respuesta facilona a todo, es una invitación a una **continua búsqueda**, a la **relativización** de lo encontrado y a un **diálogo** sincero y abierto con quienes piensan diferente. Éstos últimos son, para quienes nos confesamos creyentes, una parte preciosa del todo al que apunta el Absoluto que nos completa y enriquece. Lejos de “adormilarnos”, **Dios es un continuo “despertador”** que apela en cada ser humano a sacar lo mejor de sí mismo y a poner en acto los dos sentimientos morales que ha colocado en lo más hondo del código genético de nuestra especie. Es el motor que nos mueve a la **compasión** (en el sentido más hondo de ponernos en el lugar del otro, especialmente del que sufre, del que padece la injusticia, del más otro, del más diferente y vulnerable) y es la fuerza de una rabiosa **solidaridad** que nos apremia a la **indignación** ante

tanto **sufrimiento** injusto e inevitable. Por eso, bien entendida, la religión se torna en agente de movilización ante la **injusticia** y en irreductible voz de los **vencidos, humillados y crucificados** en cualquier parte del planeta.

Es verdad que, como otras expresiones de lo humano, las religiones, cuando se pervierten en su esencia (porque pretenden poner a Dios al servicio de intereses espurios), sirven causas bien distintas que la felicidad de la condición humana. Es entonces cuando surgen no la expresión, sino el “antídoto” del Misterio insondable del buen Dios: los **fundamentalismos**, la intolerancia o la imposición. He tratado de combatir con todas mis fuerzas todas estas formas patológicas que quiebran la paz personal, social y la convivencia democrática.

Pero tampoco podemos olvidar que **los mismos riesgos acechan a cualquier otra forma de ideología o cosmovisión** “a” o “anti” religiosa que pretenda imponerse como la única verdadera o sea irrespetuosa con el que piensa o cree diferente. **Una sociedad plural y democrática** tiene que tener cabida para todas las sanas expresiones de lo humano sobre todo si aspiran a su realización plena.

Queridísimos amigos y amigas: si algo he tratado de contagiar a mis alumnos estos años, es precisamente que **la afirmación del Misterio de Dios es profundamente humanizadora**. Ello me lleva a la convicción de que **jamás estoy solo**, aunque muchas veces me sienta de ese modo, de que siempre es posible volver a intentar realizar los sueños aunque todo a nuestro alrededor sea una horrible pesadilla, de que **la vida vivida en la solidaridad**, en la lucha compartida y en la fraternidad **es misteriosamente más fuerte que la muerte**, que hay un Alguen amoroso que sostiene y empuja lo mejor de nosotros mismos y que tiene la llave última del sentido de todo. En definitiva de que ese **“afán insaciado de infinito”** y “ese anhelo de justicia”, al que se refería el no creyente Horkheimer, encuentra respuesta: definitivamente, **el oprobio de los verdugos no triunfará sobre las víctimas**.

Por eso, queridos compañeros, como señalan algunos intelectuales (no precisamente conservadores (Mardones, Díaz Salazar...)), **el cristianismo**, cuando **renuncia** a la reconquista de la cristiandad (**al poder**, en suma), posee una carga de **utopía** y una **fuerza profética** capaz de inyectar nuevos ideales a la política, evitar la fosilización procedimentalista de la democracia, y recordarnos que siempre hay que ser **críticos con el poder establecido** y no renunciar a aquella proclama de mayo del 68 francés de “aspirar a lo imposible”.

No quiero aprovechar para colocaros “un sermón” (ja, ja), así que no me resta más que pedir os **PERDÓN** por no haber sabido transparentar todas estas preciosas dimensiones, profundamente humanizadoras del cristianismo, y lo mejor de su larga historia, ciertamente no exenta también de formas poco ejemplarizantes.

Por eso, al gracias con el que iniciaba mis palabras, uno ahora el perdón y, sin solución de continuidad, vuelvo al sentimiento más franco de agradecimiento a todos y, si me lo permitís, especialmente a todos los que no pensáis como yo, a todos los que no participáis de mis convicciones. **GRACIAS** de verdad, porque con la coherencia y profundidad de las vuestras me habéis hecho mejor persona y, no es ninguna broma, mejor creyente. Y Gracias de todo corazón a todos los entrañables compañeros y compañeras del claustro, a los alumnos que dan razón de ser a nuestro oficio de maestros, al personal auxiliar sin el cual todo sería más complicado, a los padres y madres de alumnos y a todos los que componen esta comunidad educativa. Gracias a todos por haberme ayudado a transmitir un área de conocimientos que quiere humanizar a los hombres y mujeres del mañana tratando de volver más justa, libre y habitable esta tierra.

A todos muchísimas, muchísimas gracias, Feliz Navidad y hasta siempre.